

Otra utopía canaria

Chillida en Tindaya: demasiada tolerancia

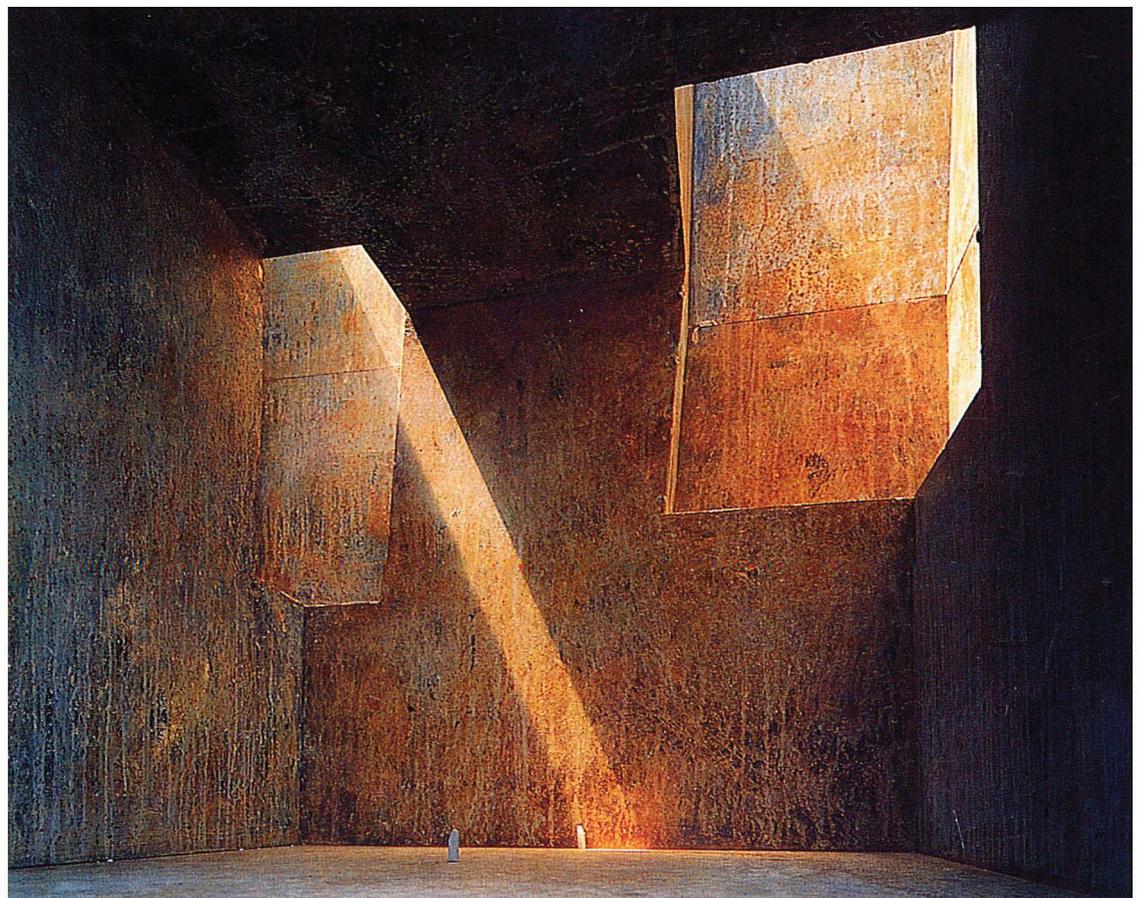
Juan Antonio Ramírez

Una intensa polémica rodea el último proyecto del escultor vasco Eduardo Chillida, que propone vaciar la montaña de Tindaya en Fuerteventura para crear un gran monumento a la tolerancia.

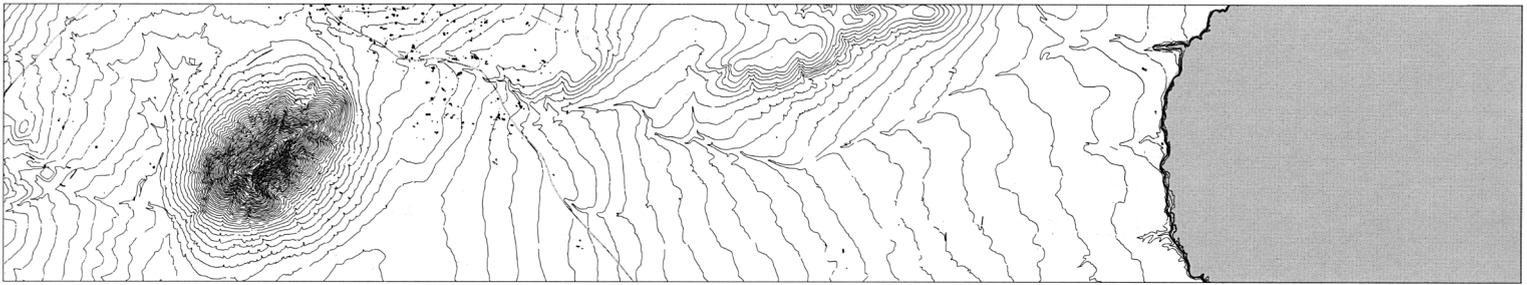
Imposible hablar ahora de la montaña de Tindaya sin aludir a la tradicional vinculación de Canarias con la utopía: ahí, en esa periferia atlántica de Europa, empieza lo ignoto maravilloso. Las 'islas afortunadas' han sido concebidas como escala o avanzadilla para la conquista de todos los *eldorados* del Nuevo Mundo. La mítica isla de San Borondón, remedo del Paraíso, parece que fue descendiendo desde el norte, a lo largo del Medioevo, para localizarse, en los albores de la Edad Moderna, en algún lugar del archipiélago canario. Nuestro inconsciente profundo ve en estas islas fragmentos (volcánicos) escapados del fuego del infierno, con una fauna y una flora que parecen materializar las más exóticas fantasías. Tierras de promisión, pues. Todos los sueños son plausibles.

¿Cómo extrañarnos de lo que le ha sucedido a Eduardo Chillida? Vive en Euskadi, otra patria privilegiada de las utopías, en el extremo opuesto de España. Todo el mundo sabe que el artista empezó su carrera pública en los años cincuenta, como escultor de materiales épicos: piedra, hierro martilleado y hormigón. Muchas de sus obras, a partir de entonces, han podido ser entendidas como metáforas cuasi secretas de un pueblo ancestral (prehistórico) que lucha desesperadamente por encontrar un hueco en la modernidad. Había agonía, sentido trágico, fuerza telúrica, angustia y también un anhelo insondable de serenidad. Estas cosas enlazaban bien con la boga internacional del expresionismo abstracto (o del informalismo europeo), con su existencialismo difuso, y

con los estremecimientos de la guerra fría. De ahí la extraordinaria proyección internacional de Chillida. Pero pasaron los años, y con ellos vino la distensión. La escena artística se llenó de *otras cosas*, como el cinismo relajado y lúdico del *pop art*, la frialdad desapasionada del *minimal*, o los empeños desmaterializadores de algunos 'nuevos comportamientos'. Se diría, pues, que ese gigantesco hueco proyectado en el interior de la montaña sagrada de Tindaya, con sus pesadas connotaciones metafísicas, no es precisamente un proyecto artístico muy *actual*. Sólo la excepcionalidad histórica de Euskadi, la anómala pervivencia de la tragedia en esta parte del mundo, explican el que Chillida pueda concebir tamaño vacío como un monumento 'a la tolerancia'.



Un verso de Jorge Guillén —«lo profundo es el aire»— inspira el proyecto de Chillida para Fuerteventura (a la derecha): un gigantesco cubo de 50 x 50 metros excavado en el interior de la montaña de Tindaya.



Puede pensarse que lo lógico habría sido maquinar tamaña cosa en el escenario político-social adecuado: cerca de Donosti, quizás, y no en una remota isla casi desierta donde esa apelación a la concordia no parece tan urgente. Pero el País Vasco está ahora empeñado (en todos los sentidos, incluido el de 'endeudado') en levantar otras metáforas artísticas desmesuradas, como es el caso de esa explosión de metralla metálica que parece ya el Guggenheim de Bilbao. De ello hablaremos en otra ocasión, pues por el momento sólo quiero señalar que el anacronismo del proyecto de Chillida para Tindaya puede entenderse también como una antítesis radical del entorno en el que vive el escultor: frente al ruido y la babélica confusión de Euskadi, el silencio y el vacío del desierto; contra la frivolidad del conflicto (o su exaltación monumental) que sugiere la obra de Frank Gehry junto a la ría del Nervión, la grave seriedad y el rigor del gran cubo hueco; contra el desorden, la claridad; frente a lo efímero, lo eterno. Y también podría decirse: ante el terror inmediato, terapéutica de la distancia, exaltación de la huida a la ínsula Fuerteventura (gran ventura, mucha felicidad).

Y aquí intervienen los intereses y malentendidos de muchos, incluido el gobierno de Canarias. Puede que haya asuntos materiales en juego, más o menos legítimos o bastardos: se habla de urbanizaciones para ricos en los alrededores de la montaña; también habrá empresas a la espera, contratistas, mayoristas de turismo, etcétera. Una obra así es un gran filón (una gran cantera) del que podría sacar provecho mucha gente. No hace falta que todos crean en el interés artístico del asunto, y yo no descarto del todo la hipótesis de que algunos orgasmos estéticos (en el gran burdel de este mundo) sean, también, simulados.

A Chillida le dejó obnubilado un verso de Jorge Guillén: «lo profundo es el aire». La frase ha venido germinando de muchos modos, como muestra Kosme de Barañano al enseñarnos —en el catálogo del proyecto— algu-

nos de los homenajes del escultor al poeta. Pero, ¿cuántos defensores o detractores de la perforación de la montaña son capaces de sentir algo similar? ¿Por qué este proyecto, para ese lugar preciso, a una escala tan colosal, ha sido asumido como propio por el gobierno regional?

Un síndrome común

La pulsión con la que debemos contar —el *síndrome de Tindaya*— es peculiar de muchos grandes hombres, que

ma de una estatua viril, en cuya mano izquierda he diseñado una gran ciudad y en la derecha una gran taza en la que recibirá las aguas de todos los ríos que descienden de aquel monte y desde allí vayan a parar al mar.» Quedó encantado el monarca con una idea tan sugestiva, pero al saber que los suministros de esa ciudad-escultura debían llegar por mar, desechó el proyecto por impracticable (aunque decidió retener al arquitecto el diseño de la futura Alejandría).



se ven a sí mismos viviendo en los libros de historia, y que se interrogan angustiados: «¿Quién hablará de nosotros cuando hayamos muerto?» Los historiadores saben que el asunto no es tan nuevo, pues ya alude sutilmente a ello Vitruvio cuando menciona (en el libro segundo de sus *Diez libros de arquitectura*) el encuentro entre el arquitecto Dinócrates y Alejandro Magno: deseoso aquél de agradar al joven conquistador le cuenta su proyecto: «He modelado el monte Athos en for-

Este relato revela la asociación que griegos y romanos habían establecido entre los proyectos colosales y el poderío autocrático de los emperadores orientales. Imhotep, primer arquitecto (o 'escultor de montañas') de la historia, construyó la pirámide escalonada y los templos adyacentes para su señor, el faraón Zoser. Podemos imaginar la asociación entre ambos personajes, su recíproco encantamiento, mientras contemplaban los proyectos de las obras gigantescas a realizar. Yo

me hago una idea cinematográfica de aquella escena gracias a una foto de prensa (la firma Óscar Jiménez) publicada en primera página por el periódico canario *La provincia* el 18 de diciembre de 1996: en primer plano vemos la maqueta de la montaña de Tindaya y detrás, con aire muy respetuoso, los autores-promotores hablan del proyecto al presidente de Canarias, Manuel Hermoso. Chillida, con vaqueros y camisa, sin corbata, representa al artista genial. Los Fernández Ordóñez, padre e hijo, ingeniero y arquitecto del asunto respectivamente, sí van formalmente vestidos, como corresponde a su condición de técnicos que han de dar seriedad profesional a lo que se está vendiendo. El presidente Hermoso está en el centro, escucha mirando la montaña, como un águila imaginaria (la maqueta permite siempre volar al promotor), y su plácida sonrisa sugiere que se halla ya en las alturas de la posteridad.

Un mandatario autonómico no es un faraón, ni tampoco un conquistador macedonio, pero no parece que los personajes de la foto se alejen tanto del espíritu de Dinócrates. José Antonio Fernández Ordóñez, por ejemplo, tiene experiencia en proyectos imposibles: recordemos su grandiosa *Esfera armilar*, concebida para la Exposición Universal de Sevilla de 1992, y cuya primera (y última) piedra se puso en una barriada obrera de Madrid. Es curioso que Rafael Trenor, autor escultórico de los planetas en la susodicha esfera, figure también como autor del 'estudio astronómico' en este proyecto. ¿Es para ellos esta montaña hueca una especie de revancha por la otra utopía cósmica olvidada?

Se comprende el deseo de alcanzar la inmortalidad, 'cueste lo que cueste'. Y éste es uno de los puntos más flacos del proyecto, cuya ejecución implicará un gasto que oscila entre los dos mil y cinco mil millones de pesetas, he leído y oído por ahí. En realidad no se sabe, pues no existe de momento un proyecto de trabajo. Otras incógnitas son puramente constructivas, y así lo reconoce inclu-

so el arquitecto del proyecto, Fernández Ordóñez, en el catálogo oficial: «Esta idea plantea una serie de incertidumbres técnicas de difícil resolución. Es una obra que llega hasta el máximo constructivo de nuestros días, ya que supera el récord del mundo de luz en espacios subterráneos».

Sorprende, pues, que los políticos estén apoyando algo que no se sabe si se puede realizar (o cómo se va a hacer) ni cuánto costará. En realidad, esta extraña relación entre la 'gran obra' y el poder que la promueve es más típica del *Ancien Régime*, previo a la Revolución Francesa, que de una sociedad capitalista y democrática avanzada. Es como si se pretendiera seguir los consejos que daba Antonio Ponz a fines del siglo XVIII cuando escribió en el tomo XI de su *Viaje por España*: «Las mayores obras que conocemos, y tal vez las mayores del mundo, sólo se han debido en su principio a una firme determinación con la que se proyectaron y empezaron, viniendo después caudales de donde menos se pensaba, con los que llegaron a concluirse.» ¿Creen lo mismo los promotores del proyecto? ¿Se trata de empezar los trabajos 'como sea' y luego 'ya se verá' sobre la marcha cómo se solucionan los problemas y cómo se financia su continuación?

Cabe otra posibilidad: la de que se inicien las obras a sabiendas de que el proyecto es inviable con el oculto (y vergonzante) propósito de rebajar luego las dimensiones del cubo o modificar las texturas interiores, arguyendo los (muy previsibles) 'imprevistos problemas insalvables'. En ese hipotético caso la gran obra de arte habría servido sólo como coartada para salvar otros intereses económicos y políticos, eventualmente en juego. ¿Sería aceptable entonces que un monumento a la tolerancia incluyera tolerar también el engaño, la chapuza y el despilfarro del erario público?

Pero no quiero acabar estas notas sin hablar algo más de la idea, en tanto que creación artística. Es una cosa soberbia, ese cubo casi perfecto de unos cincuenta metros de lado. El

espectador no visitará la obra desde fuera, sino que podrá habitarla. Nos imaginamos allí en meditación silenciosa, mientras la luz de la luna entra por las dos 'chimeneas'; o a pleno día mirando la línea del mar desde el túnel de entrada. Lo que se nos ha enseñado es un proyecto casi minimalista, uno de los más limpios y desnudos de toda la obra de Chillida. Recuerda mucho a los depuradísimos vacíos escultóricos experimentales que Oteiza maquinó hace tres o cuatro décadas. Se comprende el estremecimiento general.

Dos esculturas

Ahora bien, no es lo mismo un cubo excavado en la roca que una escultura de acero y hormigón empotrada en la montaña. Es un asunto de gran importancia saber si se podrá ver (y tocar) la roca desnuda, cortada limpiamente, o si ese espacio estará recubierto por una estructura de refuerzo. Eso no está aclarado y es esencial, pues se trata de dos esculturas completamente diferentes aunque tengan la misma forma y dimensiones. La alternativa técnica más plausible —una construcción cúbica de acero y hormigón dentro de la pirámide natural de Tindaya— no me resulta muy atractiva. Claro que podría forrarse esa obra con placas de auténtica piedra de Tindaya para preservar el efecto, pero ¿no implicaría eso traicionar el espíritu del proyecto, tan ajeno (al menos aparentemente) a la mentira y al engaño?

Hay más. ¿Cómo conciliar la invitación al silencio, ese cósmico enfrentamiento con la soledad, con el propósito de que Tindaya se convierta en el motor turístico de Fuerteventura? Parece perversa esta contradicción. Nos prometen un manjar mientras nos sugieren que, dadas las condiciones, lo consumiremos estropeado. Ya se ha hablado de masas de veraneantes bronceados llegando a la montaña en autocares. Comprarán camisetas, beberán coca-colas y pegarán el chicle en las paredes del cubo sagrado. Disneylandia en París, Port Aventura en Tarragona, Parque-Chillida en Tindaya... ¿No hay demasiada tolerancia?

El valor geológico, botánico y ornitológico de Tindaya, y sus testimonios de los antiguos pobladores de la isla son los principales argumentos en contra de la intervención de Chillida, que está apoyada por el gobierno insular. En la página

anterior, plano topográfico de la montaña e imagen de la presentación oficial del proyecto en Canarias. En esta página, dos viñetas de El Roto y una de Máximo (en el centro) publicadas en las páginas del diario El País a propósito del proyecto.

